

Jacques Lacan

**Seminario 10
1962-1963**

LA ANGUSTIA

22

12 de JUNIO de 1963¹

La angustia reside en esa relación fundamental en la que el sujeto está en lo que hasta aquí he llamado deseo del Otro.

El análisis tiene, siempre ha tenido, y conserva por objeto, el descubrimiento de un deseo. Es — ustedes lo admitirán — por algunas razones estructurales que me ví llevado, este año, a desprender, a hacer funcionar como tales, *circunscriptas, articuladas*², esto tanto por la vía de una definición, digamos, algebraica, de una articulación donde la función aparece en una suerte de hiancia, de residuo de la fun-

¹ Para los criterios que rigieron la confección de la presente versión, consultar nuestro prefacio: *Sobre esta traducción*. Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta traducción, véase, al final de esta clase, el **Anexo 1**.

² *a permitir, a articular*

ción significativa como tal; pero también lo hice paso a paso, *por medio de ejemplos,* es el camino que tomaré hoy.

En todo avance, en todo advenimiento de ese *a* como tal, la angustia aparece justamente en función de su relación con el deseo del Otro. ¿Pero cuál es su relación con el deseo del sujeto? Es situable absolutamente bajo la forma que he adelantado en su momento: *a* no es el objeto del deseo, el que buscamos revelar en el análisis, es su causa.

Este rasgo es esencial, pues si la angustia marca la dependencia de toda constitución del sujeto — su dependencia del Otro — el deseo del sujeto se encuentra entonces suspendido de esa relación por intermedio de la constitución primera, antecedente, del *a*.

Ahí está el interés que nos impulsa a recordarles cómo se anuncia esta presencia del *a* como causa del deseo. Desde los primeros datos de la investigación analítica, se anuncia de una manera más o menos velada, justamente, en la función de la causa.

Esta función es localizable en los datos de nuestro campo, sobre el cual se emprende la investigación, a saber, el campo del síntoma. En todo síntoma, en tanto que un término de este nombre es lo que nos interesa, se manifiesta esa dimensión que hoy voy a tratar de hacer jugar ante ustedes.

Para hacérselos sentir, partiré de un síntoma que no es por nada — van a verlo luego {*après coup*} — que tiene esa función ejemplar, a saber, del síntoma del obsesivo. Pero — lo indico desde ahora — si lo propongo, es porque nos permite entrar en esa localización de la función de *a*, en tanto que éste se devela funcionando en los primeros datos del síntoma en la dimensión de la causa.

¿Qué es lo que nos presenta el obsesivo bajo la forma patognomónica de su posición? La obsesión o compulsión, para él articulada o no en una motivación en su lenguaje interior: “andá a hacer esto o aquello”, a verificar que la puerta está o no cerrada, la canilla. Nosotros lo volveremos a ver, quizá, en seguida, es *ese síntoma que, tomado bajo su forma más ejemplar*³, implica que la no continuación,

si puedo decir, de su línea, despierta la angustia. Esto es lo que hace que el síntoma, diré, nos indique, en su fenómeno mismo, que nos encontramos en el nivel más favorable para ligar la posición de *a* tanto a las relaciones de angustia como a las relaciones de deseo.

La angustia aparece, en efecto — en cuanto al deseo, en el punto de partida, antes de la investigación freudiana históricamente, antes del análisis en nuestra praxis, está escondido, y sabemos qué trabajo nos da desenmascararlo, ¡si es que alguna vez lo desenmascaramos!...

Pero aquí merece que sea puesto de relieve un dato de nuestra experiencia que aparece desde las primerísimas observaciones de Freud y que, diré, constituye, incluso si no se lo ha localizado como tal, quizá el paso más esencial en el progreso en la neurosis obsesiva, esto es que Freud, y nosotros mismos, todos los días, hemos reconocido, podemos reconocer ese hecho de que la marcha analítica no parte del enunciado del síntoma tal como acabo de describírselos, es decir según su forma clásica, la que ya estaba definida desde siempre, la compulsión con la lucha ansiosa que la acompaña, sino del reconocimiento de esto: que eso funciona así. Este reconocimiento no es un efecto desprendido del funcionamiento de ese síntoma, no es epifenomenalmente que el sujeto tiene que darse cuenta de que eso funciona así.

El síntoma no está constituido sino cuando el sujeto se percata de él, pues sabemos por experiencia que hay formas de comportamiento obsesivo en las que el sujeto, no es solamente que no ha localizado sus obsesiones, es que no las ha constituido como tales. Y el primer paso, en este caso, del análisis — algunos pasajes de Freud al respecto son célebres — es que el síntoma se constituya en su forma clásica. Sin eso, no hay medio de salir de él, y no simplemente porque no hay medio de hablar de él, sino porque no hay medio de atraparlo por las orejas. ¿Qué es la oreja en cuestión? Es algo que podemos llamar lo no-asimilado, por el sujeto, del síntoma.

Para que el síntoma salga del estado de enigma que no estaría todavía formulado, el paso no es que se formule, es que, en el sujeto, se dibuje algo cuyo carácter es que le es sugerido que hay una causa

³ *ese síntoma que toma su forma más ejemplar* — *ese síntoma que toma la forma más ejemplar*

para eso. Esta es la dimensión original, aquí tomada en la forma del fenómeno, *de la que les mostraré en otra parte que podemos volverla a encontrar*⁴.

Esta dimensión — que hay una causa para eso — donde solamente la implicación del sujeto en su conducta se rompe, esta ruptura es esa complementación necesaria para que el síntoma nos sea abordable. Lo que entiendo decirles y mostrarles, es que ese signo no constituye un paso en lo que yo podría llamar la inteligencia de la situación, sino que es algo más, que hay una razón para que ese paso sea esencial en la cura del obsesivo.

Esto es imposible de articular si no manifestamos de una manera completamente radical la relación de la función de *a*, causa del deseo, con la dimensión *mental*, como tal, de la causa. Esto, ya lo he indicado en los márgenes, si puedo decir, de mi discurso, y lo escribí en alguna parte, en un punto que podría volver a encontrar del artículo «Kant con Sade»⁵, que apareció en el número de Abril de la revista *Critique*. Es sobre esto que hoy pretendo hacer jugar lo principal de mi discurso.

Desde ahora, ven ustedes el interés que hay en marcar, volver verosímil que esta dimensión de la causa indica — y sólo indica — la emergencia, la presentificación, en los datos de partida del análisis del obsesivo, de ese *a* en torno al cual — ahí está el futuro de lo que, por el momento, trato de explicarles — en torno al cual debe girar todo análisis de la transferencia para no estar obligado, necesitado a girar en un círculo. Un círculo, por cierto, no es nada, el circuito es recorrido, pero está claro que hay — no soy yo quien lo ha enunciado — un problema del fin del análisis, el que se enuncia así: la irreductibilidad de una neurosis de transferencia. Esta neurosis de transferencia, es o no es la misma que la que era detectable en el punto de partida. Segu-

⁴ *de la que les mostraré dónde, además, podemos volver a encontrarla*

⁵ Jacques LACAN, «Kant con Sade», escrito con vistas a que sirviera de prefacio a una edición de *La philosophie dans le boudoir* {*La filosofía en el tocador*}, del Marqués de Sade, en septiembre de 1962, rechazado luego por el editor, terminó apareciendo en la revista *Critique*, n° 191, abril de 1963, y en los *Écrits*, en 1966 — cf. *Escritos 2*, décimo tercera edición, corregida y aumentada, Siglo Veintiuno Editores, México, 1985.

ramente, tiene esta diferencia de estar enteramente presente, algunas veces nos aparece como impase, es decir, desemboca a veces en un perfecto estancamiento de las relaciones del analizado con el analista. Ella no tiene, en suma, diferencia alguna con todo lo que se produce de análogo, en el punto de partida del análisis, sino la de estar enteramente reunida.

Se entra en el análisis por una puerta enigmática, pues la neurosis de transferencia, en cualquiera, incluso en Alcibíades, está ahí: es a Agatón que él ama.⁶ Incluso en un ser tan libre como Alcibíades, la transferencia es evidente. Aunque ese amor sea lo que se llama un amor real, lo que demasiado a menudo llamamos transferencia lateral, es ahí que está la transferencia. Lo asombroso, es que se entra en el análisis, a pesar de todo eso que nos retiene, en la transferencia funcionando como real.

El verdadero tema de asombro en lo que concierne al circuito del análisis, es cómo, entrando en él, a pesar de la neurosis de transferencia, se puede obtener a la salida la neurosis de transferencia misma. Sin duda esto es porque hay algún malentendido en lo que concierne al análisis de la transferencia. Sin eso, no veríamos manifestarse esa satisfacción que he escuchado expresar algunas veces, que haber dado fuerza a esta neurosis de transferencia, quizá no es la perfección, pero es de todos modos un resultado; es cierto, pero de todos modos es un resultado que produce bastante perplejidad.

Si yo enuncio que la vía pasa por *a*, único objeto a proponer *en el análisis, al análisis de la transferencia*⁷, esto no quiere decir que eso no deje abierto, lo verán, otro problema. Es justamente en esta sustracción que puede aparecer esta dimensión esencial, la de una cuestión planteada desde siempre, en suma, pero ciertamente no resuelta — pues cada vez que se la plantea, la insuficiencia de las respuestas es verdaderamente sensible, evidente, resplandeciente a los ojos de todos — la del deseo del analista.

⁶ Jacques LACAN, Seminario 8, 1960-1961, *La transferencia en su disparidad subjetiva, su pretendida situación, sus excursiones técnicas*, corregido en todas sus erratas. Establecimiento del texto, traducción y notas de Ricardo E. Rodríguez Ponte, para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

⁷ *al análisis de la transferencia*

Habiendo formulado este breve recuerdo, este breve recuerdo para mostrarles el interés de la apuesta presente, volvamos a *a*. *a* es la causa, la causa del deseo. Les he indicado que no es una mala manera de comprenderlo volver al enigma que nos propone el funcionamiento de la categoría de la causa. Pues, en fin, está bien claro que cualquier crítica, cualquier esfuerzo de reducción, fenomenológico o no, que le apliquemos, esta categoría funciona, y no como una etapa solamente arcaica de nuestro desarrollo.

Lo que indica la manera con que entiendo relacionarla aquí a la función original del objeto *a* como causa del deseo, significa la transferencia de la cuestión de la categoría de la causalidad, de lo que yo llamaré, con Kant, la *Estética trascendental*,⁸ a lo que — si ustedes aceptan consentir a ello — llamaré mi *ética trascendental*.

*Y ahí, estoy obligado a adelantarme en un terreno donde estoy forzado a no barrer más que los lados laterales con un proyector, sin poder siquiera insistir. Convendría,*⁹ diré, que los filósofos hicieran su trabajo, y se dieran cuenta, por ejemplo, y se atrevieran a formular algo que nos permitiría situar verdaderamente en su lugar, esa operación que indico al decir que extraigo la función de la causa del campo de la *Estética trascendental*, de la Kant. Convendría que otros les indiquen que ésa no es ahí más que una extracción, de alguna manera, ab-

⁸ cf. KANT, *Crítica de la razón pura*, Editorial Losada, Buenos Aires. La *Estética trascendental*, una de las dos grandes partes de este libro (la otra es la *Lógica trascendental*), a pesar de su nombre no tiene nada que ver con la “estética” en el sentido corriente de este término (filosofía de la belleza o del arte, etc.), sino con su sentido etimológico, del griego αἴσθησις {*aisthesis*}, que remite a “sensación” o “percepción”. Esta *estética*, entonces, será el estudio de la sensibilidad. El término *trascendental* con que Kant acompaña al primero, remite a todo conocimiento que se ocupa en general no tanto de los objetos como de nuestro modo de conocerlos, en cuanto este modo de conocerlos debe ser posible *a priori*, independiente de la experiencia. Esta *estética trascendental*, que estudia entonces las condiciones de posibilidad de la sensibilidad, de las formas *a priori* de la sensibilidad, se ocupa de las intuiciones puras del espacio y del tiempo.

⁹ *Y ahí estoy forzado a adelantarme en un terreno del que estoy forzado a dar simplemente, en fin, a barrer los aspectos laterales con un proyector. Sin poder siquiera insistir, convendría,*

solamente pedagógica, porque hay muchas cosas, otras cosas, que conviene extraer de esta *Estética trascendental*.

Al respecto, es preciso que yo les diga, al menos en estado de indicación, lo que la vez pasada logré eludir por medio de un escamoteo, cuando les hablaba del campo escópico del deseo. No puedo evitarlo. De todos modos, es preciso que diga, que indique aquí, en el mismo momento en que sigo adelante, lo que estaba implicado en lo que les decía, a saber, que el espacio no es de ningún modo una categoría *a priori* de la intuición sensible, que es muy asombroso que en el punto de avance a donde hemos llegado de la ciencia, nadie se haya todavía dedicado directamente a algo para lo cual todo nos solicita, a formular que el espacio no es un rasgo de nuestra constitución subjetiva, más allá del cual la cosa en sí encontraría, si podemos decir, un campo libre, a saber, que el espacio forma parte de lo real y que después de todo, en lo que he enunciado, articulado, dibujado aquí ante vuestros ojos el año pasado con toda esa topología,¹⁰ hay algo cuya nota, por suerte, algunos sintieron: esa dimensión topológica, en el sentido de que su manejo simbólico trasciende el espacio, evocó para muchos, no solamente para algunos, tantas formas que nos son presentificadas por los esquemas del desarrollo del embrión, formas singulares por esa común y singular *Gestalt* que es la suya y que nos lleva muy, muy lejos, de la dirección en que la *Gestalt* ha avanzado, es decir, en la dirección de la buena forma; nos muestra, al contrario, algo que se reproduce por todas partes y de lo cual, en una notación impresionista, diré que es sensible en una suerte de torsión a la cual la organización de la vida parece obligarla, para alojarse en el espacio real.

La cosa está por todas partes presente en lo que les expliqué el año pasado y también este año, pues es justamente en esos puntos de torsión que se producen también los puntos de ruptura cuyo alcance trato de mostrarles en más de un caso, de una manera ligada a nuestra propia topología, la del S, del A y del *a*, de una manera que sea más eficaz, más verdadera, más conforme al juego de las funciones que todo lo que está localizado en la doctrina de Freud, de esa manera cuyas diferencias, cuyas vacilaciones, son ellas mismas ya indicativas de la necesidad de lo que yo hago al respecto, la que está ligada a la ambigüedad en él, por ejemplo, de las relaciones yo-no yo {*moi-non moi*},

¹⁰ Jacques LACAN, Seminario 9, 1961-1962, *La identificación*.

continente-contenido, yo {*moi*}-el mundo exterior. Salta a la vista que todas estas divisiones no se recubren. ¿Por qué?

Es preciso haber captado de qué se trata, y haber hallado otros puntos de referencia de esta topología subjetiva, que es aquí la que exploramos. Termino este asunto con esta indicación, cuyo alcance sé al menos que algunos saben muy bien por haberme escuchado ahora, que la realidad del espacio, en tanto que espacio de tres dimensiones, eso es algo esencial que se capte, para definir la forma que toma, a nivel del piso que traté de esclarecer por medio de mi primera lección, bajo la función del piso escópico, la forma que toma en él la presencia del deseo, especialmente como fantasma; a saber, que lo que traté de definir en la estructura del fantasma, a saber la función del marco — entiendan, de la ventana — no es una metáfora. Si el marco existe, es porque el espacio es real.

Para lo que es de la causa, tratemos de aprehender en esto mismo que es la maraña común de esos, en ustedes, conocimientos, que les son legados por cierta jerigonza de discusiones filosóficas por el pasaje a través de una clase designada con ese nombre, la filosofía, que está bien claro que un índice sobre este origen de la función de la causa nos es dado muy claramente en la historia por medio de esto: que es a medida de la crítica de esta función de la causa, de la tentativa de señalar que ella es huidiza, que lo que ella es, es forzosamente siempre al menos una causa tras una causa, ¿y qué es preciso que sea como otra para equivaler a ese incomprendible sin el cual, además, no podemos siquiera comenzar a articular lo que sea?¹¹ Pero, desde luego, esta crítica tiene su fecundidad, y se la ve en la historia: cuanto más criticada es la causa, más se han impuesto al pensamiento las exigencias que podemos llamar las del determinismo. Cuanto menos aprehensible es la causa, más todo aparece causado, y hasta, en último término, el que se ha llamado el sentido de la historia.

No podemos decir nada diferente que *todo está causado*, salvo que todo lo que allí pasa preside y parte siempre de un *bastante causado* en nombre del cual se reproduce, en la historia, un comienzo, un

¹¹ El punto de inflexión, en la historia de la filosofía, donde comienza una crítica radical de la noción de causalidad, o sea la no deducibilidad del efecto de la causa, es David Hume (1711-1776), con cierto antecedente en Occam, en el siglo XIV.

no-causado que no osaré llamar absoluto, pero que era ciertamente inesperado y que da los clásicos hilos para retorcer a los profetas *nachträglich*, que son el pan cotidiano, a los susodichos profetas que son los interpretadores profesionales del sentido de la historia.

Entonces, esta función de la causa, digamos sin más cómo la consideramos. La consideramos, a esta función por todas partes presente en nuestro pensamiento de la causa, diré ante todo, para hacerme entender, como la sombra llevada, pero muy precisamente y mejor, la metáfora de esta causa primordial, sustancia de esta función de la causa que es precisamente el *a* en tanto que anterior a toda esta fenomenología. *a*, lo hemos definido como el resto de la constitución del sujeto en el lugar del Otro en tanto que tiene que constituirse como sujeto hablante, sujeto barrado, §.

Si el síntoma es lo que decimos, es decir enteramente implicable en ese proceso de la constitución del sujeto en tanto que tiene que hacerse en el lugar del Otro, la implicación de la causa en el advenimiento sintomático tal como se los he definido recién, forma parte legítima de dicho advenimiento. Esto quiere decir que la causa, implicada en la cuestión del síntoma, es literalmente, si quieren, una cuestión, pero cuyo efecto no es el síntoma. El es su resultado. El efecto, es el deseo. Pero es un efecto único y completamente extraño, en cuanto que es él el que va a explicarnos, o al menos hacernos entender, todas las dificultades que ha tenido para ligar la relación común que se impone al espíritu, de la causa al efecto. Es que el efecto primordial de esta causa, *a*, a nivel del deseo, ese efecto que se llama el deseo, *es*¹² ese efecto que acabo de calificar de extraño, puesto que, obsérvenlo, puesto que es justamente el deseo, es un efecto que no tiene nada de efectuado.

El deseo, tomado en esta perspectiva, se sitúa en efecto esencialmente como una falta de efecto {*manque d'effet*}. La causa se constituye así como suponiendo efectos, por el hecho de que, primordialmente, el efecto falta a la cita {*y fait défaut*}. Y esto se vuelve a encontrar, ustedes lo volverán a encontrar, en toda su fenomenología. El *gap*¹³ entre la causa y el efecto, a medida que es colmado — es pre-

¹² *y*

cisamente esto lo que se llama, en cierta perspectiva, el progreso de la Ciencia — hace desvanecerse la función de la causa, entiendo: ahí donde es colmado.

Igualmente, la explicación de lo que fuere desemboca, a medida que se acaba, en no dejar allí más que conexiones significantes, en volatilizar lo que la animaba en su principio, lo que empujó a explicarse, es decir, lo que no se comprende, es decir, la hiancia efectiva. Y no hay causa que se constituya en el espíritu, como tal, que no implique esta hiancia. Eso puede, *todo eso*¹⁴, parecerles muy superfluo. No obstante, es lo que permite captar lo que yo llamaré la ingenuidad de ciertas investigaciones de psicólogos, y especialmente las de Piaget.

Las vías por donde los conduzco este año — ustedes ya lo han visto anunciarse — pasan por cierta evocación de lo que Piaget llama el *lenguaje egocéntrico*. Como el propio Piaget lo reconoce — lo ha escrito, aquí no lo interpreo — su idea del egocentrismo de cierto discurso infantil parte de esta suposición: él cree haber demostrado que los niños no se comprenden entre sí, que hablan para sí mismos.

El mundo de suposiciones que hay debajo de esto es, no diré insondable; podemos precisar la mayor de éstas: es una suposición excesivamente difundida, es decir que la palabra está hecha para comunicar. Esto no es cierto. Si Piaget no puede captar esta suerte de *gap*, incluso ahí, que sin embargo él mismo designa — y éste es verdaderamente el interés de la lectura de sus trabajos — les suplico que de aquí a que yo vuelva a esto, o que yo no vuelva a esto, se apoderen de *El lenguaje y el pensamiento en el niño*, que es, sobre todo, un libro admirable — ilustra en todo momento ese *gap* cuánto lo que Piaget recoge como hechos, en esa marcha aberrante en su principio, y demostrativa de algo muy diferente de lo que él piensa; naturalmente, como está lejos de ser un tonto, sucede que sus propias observaciones, las de él, Piaget, estén en esta misma vía, en todo caso, por ejemplo, el problema de saber por qué ese lenguaje del sujeto *y*¹⁵ hecho esencialmente para él, no se produce jamás en grupo.

¹³ *gap*: palabra inglesa: “hueco”, “vacío”, “intervalo”.

¹⁴ *en todo caso*

¹⁵ *está*

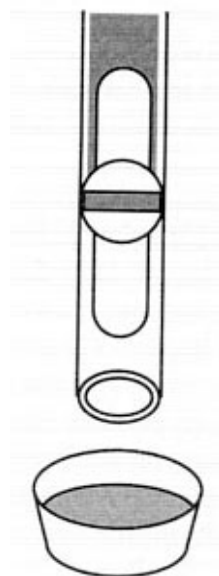
Lo que falta, les ruego que lean esas páginas, porque no puedo escruarlas con ustedes, pero a cada momento lo verán, cómo su pensamiento desliza, adhiere a una posición de la cuestión que es justamente la que vela el fenómeno, por otra parte muy claramente manifestado, y lo esencial de esto es esencialmente lo siguiente: que otra cosa es decir que la palabra tiene esencialmente por efecto comunicar, mientras que el efecto de la palabra, el efecto del significante, es hacer surgir, en el sujeto, la dimensión del significado esencialmente, voy a volver sobre esto, si es preciso, una vez más.¹⁶

que esa relación al otro que se nos pinta aquí como la clave, bajo el nombre de socialización del lenguaje, la clave del punto de viraje entre lenguaje egocéntrico y el lenguaje acabado, en su función ese punto de viraje no es un punto de efecto, de impacto efectivo, es denominable como deseo de comunicar. Es precisamente, además, porque ese deseo es decepcionado, en Piaget — la cosa es sensible — que toda su pedagogía viene aquí a levantar sus aparatos y sus espectros {*fantomes*}, en suma bastante aparatosos. Que el niño le aparezca como no comprendiéndolo más que a medias, él añade: “Ni siquiera se comprenden entre ellos”. ¿Pero es que está ahí la cuestión?

La cuestión, se ve muy bien en su texto cómo no está ahí. Se lo ve en la manera como articula lo que él llama comprensión entre niños. Ustedes lo saben, he aquí cómo procede: comienza por tomar, por ejemplo, el esquema siguiente, que va a ser el descripto sobre una imagen que va a ser el soporte de las explicaciones, el esquema de una canilla. Esto dará algo más o menos así, siendo esto el corte de la canilla;¹⁷ se dirá al niño, tantas veces como lo precise: “Ves aquí este tubito — que también se llamará la puerta — está tapado, lo que hace que el agua que está ahí no pueda correr a través para venir a correr aquí en lo que se llamará también, de cierta manera, la salida, etc.”.

¹⁶ Tal vez aquí podría interpolarse, para unir este párrafo al siguiente, que en una de las versiones comienza con minúscula: {y otra cosa es decir}

¹⁷ Aquí, **FF/1** saca del texto una flecha que apunta a la parte superior del esquema. El que reproducimos en la página siguiente proviene de **AFI**, p. 355.



El explica. Aquí tienen este esquema, si quieren controlarlo. Por otra parte, él creyó — se los señalo al pasar — que debía completarlo él mismo, por medio de la presencia de la palangana, y que no intervendrá en absoluto en los seis o nueve, siete puntos de la explicación que nos ofrece.

Va a quedar totalmente sorprendido por esto: que el niño repite muy bien todos los términos de la explicación que él, Piaget, le ha dado. El va a servirse de este niño como explicador para otro niño, al que llamará, estrafalariamente, el reproductor.

Primer tiempo: él observa, no sin cierto asombro, que lo que el niño ha repetido tan bien, *lo que para él no hace falta decir que eso quiere decir que ha comprendido*¹⁸ — no digo que esté equivocado, digo que Piaget ni siquiera se plantea la cuestión — lo que el niño le ha repetido, a él, Piaget, en la prueba que ha efectuado en su perspectiva de ver lo que el niño ha comprendido, no va a ser de ningún modo idéntico a lo que va a explicar entonces. A lo cual Piaget hace esta muy justa observación de que lo que él elide, en sus explicaciones, es justamente lo que el niño ha comprendido, sin percatarse de que al dar esta explicación, eso implicaría que él no explica, él, absolutamente nada, el niño, si verdaderamente ha comprendido todo, como dice Piaget. Desde luego, no es cierto que haya comprendido todo — van a verlo — no más que nadie.

Con estas explicaciones, muy insuficientes, que da el explicador al reproductor, lo que asombra a Piaget, es que, en un campo como el de estos ejemplos, es decir, el campo que él llama de las explicaciones

¹⁸ *lo que, para Piaget, quiere decir que ha comprendido*

— pues les dejo de lado, por falta de tiempo, el campo que él llama el de las *historias*.¹⁹

En cuanto a las *historias*, eso funciona de otro modo. ¿Pero qué es lo que Piaget llama *historias*? Les aseguro que él tiene una manera de transcribir la historia de Níobe, que es un puro escándalo. Pues no parece ocurrírsele que, cuando uno habla de Níobe, uno habla de un mito, y que quizás hay una dimensión del mito que se impone, que se adecua absolutamente al único término que se propone, bajo ese nombre propio Níobe, y que al transformarlo en una suerte de jugo de paraguas emoliente — les ruego que se remitan a ese texto que es sencillamente fabuloso — quizá se proponga al niño algo que no es simplemente del orden de su alcance, que es simplemente algo que señala un profundo déficit del experimentador, el propio Piaget, respecto de lo que son las funciones del lenguaje. Si se propone un mito, que lo sea, y no esta vaga historieta: “Había una vez una dama que se llamaba Níobe, que tenía doce hijos y doce hijas, ella encontró un hada que no tenía más que un hijo y una hija; entonces la dama se burló del hada porque ésta no tenía más que un varón; el hada entonces se enojó y ató a la dama a un peñasco. La dama lloró durante diez años, entonces fue transformada en arroyo, sus lágrimas hicieron un arroyo que todavía corre”.²⁰

¹⁹ {*histoires*} — El término puede deslizarse hacia el sentido de “anécdotas”, “episodios”, “relatos”, e incluso hacia el sentido de “cuentos”, inventados, pero nunca pierde su amarra primera al sentido de “historia”, por lo que lo mantengo.

²⁰ La Níobe de este mito es una de las dos que ofrece la mitología. La primera, que como se verá podría asimilarse a la Eva de la Biblia, es hija del primer hombre, Foroneo, y de la ninfa Telédice; unida a Zeus, engendró a Argos, y, según otros, también a Pelasgo; es entonces la primera mujer mortal, y “madre de los vivientes”. En cuanto a la que toman en cuenta Lacan, y, del modo absurdo que se acaba de ver, Piaget, Níobe es hija de Tántalo, tuvo siete hijos y siete hijas (en la tradición homérica se habla de doce hijos, seis de cada sexo, en la hesiódica de veinte, diez de cada sexo, variando el número en otras versiones), y un día, feliz y orgullosa de éstos, se declaró superior a Leto, madre de un solo hijo y una hija. La diosa se ofendió y pidió a sus hijos, Apolo y Artemisa, que la vengasen, y efectivamente estos mataron a los hijos de Níobe a flechazos, dejando con vida sólo a un hijo y una hija. En su dolor, Níobe huyó junto a su padre, y allí los dioses la transformaron en roca, pero como sus ojos siguieron llorando, de la roca que había sido fluía un manantial. Hay muchas otras variantes del mito, lo que subraya su importancia. Ninguna como la de Piaget.

Esto verdaderamente no tiene otro equivalente que las otras dos “historias” que propone Piaget, la del Negrito que rompe su pastel a la ida y hace fundir el pan de manteca a la vuelta, y aquella — peor todavía — de los niños transformados en cisnes, que permanecen toda su vida separados de sus padres por ese maleficio, pero que, cuando vuelven, no solamente encuentran a sus padres muertos, sino que al recuperar su primera forma — esto no está indicado en la dimensión mítica — al recuperar su primera forma, sin embargo han envejecido. No sé que haya un sólo mito que deje correr durante la transformación el curso del envejecimiento. Para decirlo de una vez, las invenciones de esas “historias” de Piaget tienen esto de común con las de Binet, que reflejan la profunda maldad de toda posición pedagógica.²¹

Les pido perdón por haberme dejado desviar en este paréntesis. Volvamos a mis explicaciones. Al menos habrán conquistado con ellas esta dimensión señalada por el propio Piaget, de esa suerte de pérdida, de entropía, si puedo decir, de la comprensión, la que va necesariamente a degradarse, por el hecho mismo de una necesidad verbal de la explicación. El mismo constata, para su gran sorpresa, que hay un contraste enorme entre las explicaciones, cuando se trata de un tema como ése, explicativo, y lo que sucede en sus “historias”, “historias” que pongo entre comillas, se los repito. Pues es muy probable que si las “historias” confirman su teoría en lo que concierne a la entropía, si puedo expresarme así, de la comprensión, esto es justamente porque no son historias, y que, si fueran historias, como en el verdadero mito, probablemente no habría esta pérdida.

En todo caso, en cuanto a mí, les propongo un pequeño signo, esto es que, cuando uno de esos niños, cuando tiene que repetir la historia de Níobe, hace surgir, en el punto donde Piaget nos dice que la dama fue atada a un peñasco — jamás, bajo ninguna forma, el mito de Níobe articuló un momento así — desde luego, esto es fácil, jugando, se les dirá, sobre una falta de audición y sobre el juego de palabras, pero por qué justamente, ése, hace surgir la dimensión de un pe-

²¹ Alfred Binet (1857-1911), psicólogo francés que colaboró con Charcot y fue uno de los pioneros de la psicología experimental. En 1905, con el psiquiatra Th. Simon, creó el llamado *test de Binet-Simon* para la medición de la inteligencia humana, que alcanzó gran difusión.

ñasco que tiene una mancha, restituyendo las dimensiones que, en mi seminario precedente, les hacía surgir como esenciales para la víctima del sacrificio, las de no tenerla. Pero dejemos. Desde luego, esto no es una prueba, sino solamente sugestión.

Vuelvo a mis explicaciones, y a la observación de Piaget de que, a pesar del defecto de explicación, quiero decir, el hecho de que el explicador explica mal, aquél al que se explica comprende mucho mejor que lo que el explicador se testimonia, por su insuficiencia de explicaciones, de haber comprendido. Desde luego, aquí la explicación surge siempre: él mismo rehace el trabajo. Porque, la tasa de comprensión entre niños, ¿cómo la define?

Lo que el reproductor ha comprendido

lo que el explicador ha comprendido

No sé si ustedes observan que ahí no hay más que una cosa de la que no se habla jamás, ¡esto es de lo que Piaget, él, ha comprendido! Es sin embargo esencial, puesto que no dejamos a los niños en el lenguaje espontáneo, es decir, para ver lo que comprenden.

Ahora bien, está claro que lo que Piaget parece no haber visto, es que, su explicación, la suya, desde el punto de vista de cualquiera, de algún tercero, no se comprende para nada. Pues, se los he dicho recién, si ese tubito, aquí tapado, es colocado, gracias a esto a lo cual Piaget da toda su importancia, la operación de los dedos que hacen girar la canilla de manera tal que el agua pueda correr, ¿acaso esto quiere decir que corre? No hay la menor precisión al respecto, en Piaget, quien, desde luego, sabe bien que si no hay presión, la canilla no dará nada, aunque ustedes la hagan girar, pero que cree que puede omitirlo porque él se pone en el nivel de la pretendida mente del niño. Déjenme seguir. Parece completamente tonto, todo eso, pero van a ver. El surgimiento, la emergencia, el sentido de toda la aventura, no sale de mis especulaciones, sino de la experiencia. Van a verlo.

De todos modos, de esta observación que les hago resulta — en cuanto a mí, no pretendo haber comprendido exhaustivamente — {que} hay una cosa muy cierta: es que la explicación de la canilla no está bien dada, si se trata de la canilla como causa, al decir que su ma-

niobra tan pronto abre y tan pronto cierra. Una canilla, está hecha para cerrar. Basta con que una vez, por el hecho de una huelga, ustedes deban ya no saber en qué momento debe volver la presión, para saber que, si ustedes la han dejado abierta, eso está lleno de inconvenientes, que por lo tanto conviene que esté cerrada aun cuando no hay presión.

Ahora bien, ¿qué es lo que se marca en lo que ocurre en la transmisión del explicador al reproductor? Es algo que Piaget deplora, esto es, que el niño reproductor, pretendidamente, no se interese más, para nada, en todo lo que está en juego en lo que concierne a esas dos ramas, la operación de los dedos y todo lo que se sigue de ello. Sin embargo, hay que señalar, el otro de todos modos le ha transmitido cierta parte de eso. La pérdida de comprensión le parece enorme, pero les aseguro, si ustedes leen las explicaciones del pequeño tercero, del pequeño *reproductor*, del pequeño **Rib**²² en el texto en cuestión, se darán cuenta de que aquello sobre lo cual justamente él pone el acento, es sobre dos cosas: a saber, el efecto de la canilla como siendo algo que se cierra, y el resultado, a saber, que gracias a una canilla, uno puede llenar una palangana sin que desborde. La emergencia como tal de la dimensión de la canilla como causa, por qué Piaget pifa tanto el fenómeno que se produce, sino porque desconoce totalmente que lo que hay para un niño, en una canilla como causa, son los deseos que, en él, provoca la canilla, a saber que, por ejemplo, eso le da ganas de hacer pipí, o, como cada vez que uno está en presencia del agua, que uno es, por relación a esa agua, un vaso comunicante, y no es por nada que para hablarles de la libido yo haya elegido esa metáfora de lo que pasa entre el sujeto y su imagen especular.

Si el hombre tuviera tendencia a olvidar que es en presencia del agua un vaso comunicante, hay en la infancia de la mayoría el pico de lavativa para recordarle que, efectivamente, lo que se produce en un niño de la edad de los que nos designa Piaget, en presencia de una canilla, es ese irresistible tipo de *acting-out* que consiste en hacer algo que tiene los mayores riesgos, desmontarla, mediante lo cual la canilla se encuentra, una vez más, en su lugar de causa, es decir, en el nivel también de la **dimensión**²³ fálica, como esto que introduce necesi-

²² *R.I.B.*

²³ *relación*

riamente que la canillita es algo que puede tener relación con el plomero, que se puede desatornillar, desmontar, reemplazar... etc.: esto es (-φ).

Esto no es omitir esos elementos de la experiencia — que también Piaget, por otra parte muy informado de las cosas analíticas, no ignora — que yo entiendo subrayar el hecho, esto es, que él no ve la relación de esas relaciones que nosotros llamamos “complexuales” con toda constitución original de aquello que él pretende interrogar, la función de la causa.

Volveremos sobre este lenguaje del niño. Les he indicado que nuevos testimonios de trabajos originales, que nos asombra que no hayan sido hechos hasta aquí, nos permiten ahora captar verdaderamente *in statu nascendi* el primer juego del significante en esos monólogos *hipnopómpicos*²⁴ del niño muy pequeño en el límite de dos años, y captar allí — les leeré esos textos en su momento — bajo una forma fascinante, el complejo de Edipo mismo en adelante ya articulado, dando aquí la prueba experimental de la idea que siempre he sostenido ante ustedes, de que el inconsciente es esencialmente efecto del significante.

Terminaré, a propósito de esto, con la posición de los psicólogos, pues la obra de la que les hablo está prologada por un psicólogo en primer lugar muy simpático, en el sentido de que él confiesa que jamás ha ocurrido que un psicólogo se interese en esas funciones, a partir, nos dice, confesión de psicólogo, de la suposición de que nada es notable como interesante en lo que concierne a la entrada en juego del lenguaje en el sujeto, salvo a nivel de la educación; en efecto, eso se aprende.

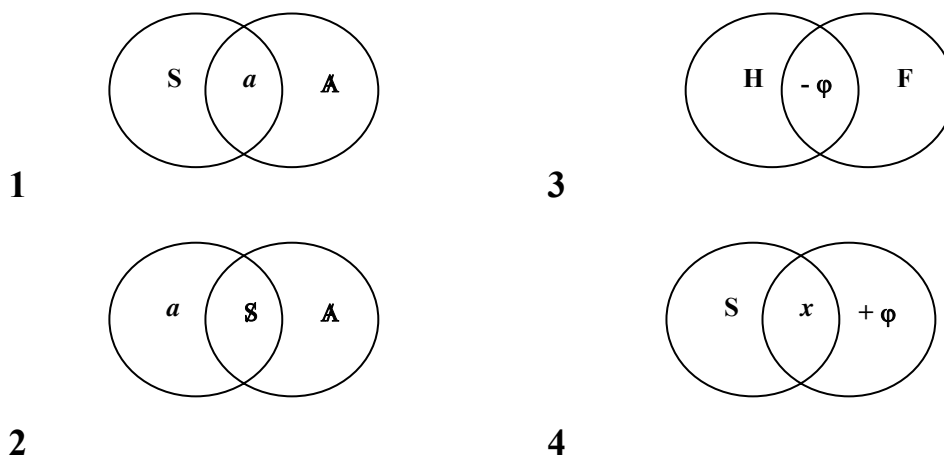
¿Pero qué hace el lenguaje, fuera del campo del aprendizaje? Fue precisa la sugestión de un lingüista para comenzar a interesarse en ello, y creemos que aquí el psicólogo se rinde. Pues es ciertamente con humor que él puntualiza este déficit, hasta aquí, en las investigaciones psicológicas.

²⁴ {hypnopompiques} — FF/I: *hyppontiques*, palabra inexistente, que no obstante IA “traduce” por “hipnóticos”.

¡Y bien!, de ningún modo. Al final de su prefacio, hace dos observaciones que muestran hasta qué punto el hábito del psicólogo es verdaderamente inveterado. La primera, es que, puesto que esto constituye un volumen de alrededor de trescientas páginas, y puesto que es bastante pesado por haber recogido esos monólogos durante un mes, y por haber hecho con ellos una lista cronológica completa, ¡a ese paso, lo que nos van a costar las investigaciones! Primera observación.

Y la segunda es todavía más fuerte. Es muy interesante señalar todo esto, pero a mí me parece, dice, este psicólogo que se llama Georges Miller, que lo único que sería interesante, es saber: *What of that he knows? ¿Qué es lo que sabe el niño de lo que les dice?* Ahora bien, ésa es justamente la cuestión. Es justamente, si no sabe lo que dice, que es muy importante señalar que de todos modos lo dice, lo que sabrá o no sabrá más tarde, a saber, los elementos del complejo de Edipo.

Son las dos y diez. Quisiera a pesar de todo darles el esquemita de lo que hoy propondré en lo que concierne al obsesivo. En cinco minutos, la cuestión tal como se presenta.²⁵



²⁵ Los esquemas que siguen, que reproduzco donde los propone **AFI**, son suministrados por **FF/1** en su página 1 bis de esta clase, tal vez queriendo indicar que los mismos se encontraban ya en el pizarrón al comienzo de la misma. Salvo esto, sólo difieren en los números que los acompañan: para **FF/1**, 4 en lugar de 2, 2 en lugar de 3, 3 en lugar de 4.

Si los cinco pisos,²⁶ si puedo expresarme así, de la constitución de *a* en esta relación de S con A, cuya primera operación ven ustedes aquí, no estando el segundo tiempo, que está aquí, fuera de todo alcance de vuestra comprensión a partir de la división que ya he añadido como siendo ésta — ella está lejos de la transformación de S en \mathcal{S} cuando pasa de esta parte a aquélla, el círculo de Euler tiene evidentemente que ser precisado — si los cinco pisos, entonces, de esta definición de *a* son definibles como voy a decírselos ahora, si, pienso, se plantea suficientemente por este resumen de aquello sobre lo cual he avanzado paso a paso en las lecciones precedentes a nivel de la relación con el objeto oral, que es, digamos para ser claro hoy, no necesidad de el Otro *{besoin de l'Autre}* — esta ambigüedad es rica, y ciertamente no nos rehusamos a servirnos de ella — sino necesidad *en* el Otro *{besoin dans l'Autre}*, a nivel del Otro, es en función de la dependencia con el ser materno que se produce la función de la disyunción de ese sujeto con *a*, la mama, cuyo verdadero alcance ustedes no pueden percibir más que si, como se los he indicado muy suficientemente, ustedes ven que la mama forma parte del mundo interior del sujeto y no del cuerpo de la madre. Paso...

En el segundo piso, del objeto anal, ustedes tienen la demanda en el Otro, la demanda educativa por excelencia, en tanto que se relaciona con el objeto anal. No hay ningún medio de atrapar, de captar cuál es la verdadera función de este objeto anal, si ustedes no lo sienten como siendo el resto en la demanda del Otro, que aquí llamo, para hacerme entender bien, *demanda en el Otro*.

Toda la dialéctica de lo que les he enseñado a reconocer en la función del $(-\phi)$, función única *por relación a todas las otras, función de *a* en tanto*²⁷ que está definida por una falta *{manque}*, por la falta de un objeto, esta falta se manifiesta, como tal, en esta relación efecti-

²⁶ A mi modo de ver, los “cinco pisos” mencionados aquí por Lacan parecen más bien remitir, no tanto, o sólo, a los cuatro diagramas de Euler recién reproducidos, sino a los pisos cuyo esquema aparecerá en la clase siguiente, la del 19 de Junio de 1963.

²⁷ *por relación a todas las otras funciones de *a*, en tanto*

vamente central — y esto es lo que justifica toda la puesta del eje del análisis sobre la sexualidad — que llamaremos aquí goce en el Otro.

La relación de este goce en el Otro, como tal, con toda introducción del instrumento faltante que designa ($-\phi$), es una relación inversa. Tal es lo que articulé en mis dos últimas lecciones, y lo que es la base bastante sólida de toda situación suficientemente eficaz de lo que llamamos la angustia de castración.

En el piso escópico, que es propiamente el del fantasma, con lo que nos las tenemos que ver a nivel de $*A^{*28}$, es la potencia en el Otro, esa potencia en el Otro que es el espejismo del deseo humano, que condenamos, en lo que es para él la forma dominante mayor de toda posesión, la posesión contemplativa, a desconocer lo que está en juego, es decir, un espejismo de potencia.

Ustedes lo ven, voy muy rápido. El quinto y último piso, ¿qué es lo que hay a nivel del $*A^{*29}$? Provisoriamente, diremos que es ahí que debe emerger, bajo una forma pura — digo que esto no es más que una formulación provisoria — lo que, seguramente, está presente en todos los pisos, a saber, el deseo en el Otro. Lo que nos lo confirma, en todo caso, lo que nos lo señala en el ejemplo del que hemos partido, a saber, el obsesivo, es la dominancia aparente de la angustia en su fenomenología. Es el hecho estructural del que sólo nosotros nos percatamos, hasta cierto momento del análisis, que, como quiera que haga, cualquiera sea el refinamiento en que desemboquen al construirse sus fantasmas y sus prácticas, lo que el obsesivo capta de ellos — verifiquen el alcance de esta fórmula — es siempre el deseo en el Otro. Es en la medida del retorno de ese deseo en el Otro, en tanto que en él está esencialmente reprimido, que todo está ordenado en la sintomatología del obsesivo, y especialmente en los síntomas donde la dimensión de la causa es entrevista como angustiante. La solución, la conocemos **también en el fenómeno**: para cubrir el deseo del Otro, el obsesivo tiene un camino: es el recurso a su demanda. Observen a un obsesivo en su comportamiento biográfico, lo que he llamado *rección* sus tentativas de pasaje respecto del deseo. Sus tentativas, así fue-

²⁸ $*a^*$

²⁹ $*a^*$

sen las más audaces, siempre están marcadas por una condena original a alcanzar su fin. Por refinadas, por complicadas, por lujuriosas y por perversas que sean sus tentativas de pasaje, siempre les es preciso hacérselas autorizar: es preciso que el Otro le demande eso. Ahí está el resorte de lo que se produce en cierto punto crucial de todo análisis de obsesivo.

En toda la medida en que el análisis sostiene una dimensión análoga, la de la demanda, algo subsiste hasta un punto muy avanzado — ¿es incluso superable? — de ese modo de escape del obsesivo. Ahora bien, vean cuáles son las consecuencias de esto. Es en la medida en que el evitamiento del obsesivo es la cobertura del deseo en el Otro por la demanda en el Otro, es en esta medida que *a*, el objeto como causa, viene a situarse ahí donde la demanda domina, es decir, en el estadio anal donde *a* es, no solamente el excremento pura y simplemente, sino así: es el excremento en tanto que demandado.

Ahora bien, jamás ha sido analizado nada de esta relación con el objeto anal en estas coordenadas que son las verdaderas coordenadas. Para comprender la fuente de lo que podemos llamar la angustia anal, en tanto que ella sale de un análisis de obsesivo proseguido hasta ahí — lo que no sucede jamás — la verdadera dominancia, el carácter de núcleo irreductible, y en ciertos casos casi indominable, de la aparición de la angustia en ese punto, que debe parecer un punto término, es lo que sólo podremos localizar la próxima vez, a condición de articular todo lo que resulta de la relación con el objeto anal, como causa del deseo, con la demanda que lo requiere, y que no tiene nada que ver con ese modo de deseo que es, por esa causa, determinante.

**establecimiento del texto,
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

Anexo 1:

FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 22ª SESIÓN DEL SEMINARIO

- **AFI** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destiné a ses membres. Paris, 1998.
- **JL** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Versión dactilografiada, reproducida en la página *web* de *l'école lacanienne de psychanalyse*: <http://www.ecole-lacanienne.net/index.php3>
- **FF/1** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Fuente fotocopiada todavía no clasificada, se encuentra en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como CG-181/1 y CG-181/2.
- **IA** — Jacques LACAN, Seminario 10, *La angustia*, impreso exclusivamente para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, Traducción: Irene M. Agoff, Revisión Técnica: Equipo de Traductores de la E.F.B.A. y la colaboración de Isidoro Vegh y Juan Carlos Cosentino. Esta versión publicada originalmente en fichas, cuya fuente francesa es presuntamente **FF/1**, se encuentra en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como C-0698/01.